

P A T R I A y C U L T U R A

Por Agustín YAÑEZ

ESTA noche vuelve a erigirse San Luis Potosí en cátedra nacional.

A mi título de alumno antiguo de esta ciudad,* en cuyas piedras y resonante atmósfera he cursado lecciones patrias; al aboengo de mi amistad con los animadores de la cultura potosina en la hora de ahora, puedo añadir esta vez la investidura conferida por una provincia que, en emulación amigable con San Luis, labora por el esplendor del espíritu mexicano: Jalisco estrecha sus vínculos de afinidad con esta nobilísima tierra, educadora sentimental de Othón y de López Velarde, solio de Montes de Oca, gabinete democrático de Madero y —en el conjunto de su arquitectura, de su cielo, de su historia—, santuario privilegiado de la Patria.

La celebración ininterrumpida de los Cursos de Invierno en la capital potosina, orgnizados con proverbial señorío y realizados con el concurso de los mejores hombres de la República, constituye singular tradición, que muchas otras Entidades tratan de implantar, con el anhelo común de contribuir al ensanchamiento de la cultura mexicana.

Más en verad ¿existe una cultura que pueda llamarse mexicana? O planteada la cuestión del modo más radical —y es oportuno abordarla, puesto que se debate la finalidad patriótica de los cursos que se inician hoy—, surgen estas preguntas: ¿pueden añadirse localismos al término "cultura"?; ¿entraña su significación el sentido de universalidad, incompatible con cualquier parcelamiento?

Para contestar a estas preguntas, precisa distinguir, primero, que es cultura todo lo que no es natura; por tanto, la cultura es agencia humana; segundo, una cosa son los valores y otra los bienes; los valores son objetos ideales, inespaciales e intemporales; la verdad, la belleza, la justicia; se origina en ellos la cultura, pero para poder serlo, necesitan ser instituidos, descubiertos y realizados en formas sensibles por los hombres; tales formas son los bienes, en que los valores se objetivan humanamente; la cultura es el sistema de bienes o formas que asumen los valores al ser realizados; los bienes y por tanto la cultura, son espaciales y temporales, es decir, tienen un sitio en el espacio y un principio en el tiempo; mientras el valor justicia escapa a esas dimensiones un acto justo, una institución consagrada a guardar las formas que los grupos humanos han estimado como portadoras de justicia, tienen historicidad; la tiene, es decir, podemos localizarla en un tiempo determinado, la obra de arte que capta el valor belleza en forma sensible, pero la belleza ideal no tiene historia, en sí no tiene principio ni fin; esta es la razón en que funda la posibilidad inexhausta del artista, que puede hallar insospechados medios para dar forma a su intuición estética. Los valores son inmutables. Los bienes cambian en cuanto los hombres dejan de ver en ellos a los portadores del valor: así el cambio de instituciones jurídicas que dejan insatisfecho el cumplimiento de la

justicia, o el cambio de estilos artísticos y de sistemas económicos. Porque siempre habrá una diferencia entre el valor y el bien; la idea de círculo es perfecta; ningún círculo es perfecto, los actos morales nunca tendrán la perfección del bien, como valor ético. Los valores son universales. Los bienes, en cambio, adoptan el carácter de los hombres y de las comunidades que los realizan: el egipcio objetiva de diversa manera su intuición de la belleza, comparativamente al griego y al hindú. No puede decirse que los hombres del interior del Africa desconozcan la belleza; pero su modo de intuir la y darle forma es distinto al del europeo.

No necesitamos entrar al examen de los motivos determinantes por los que resultan estas diferencias de juicio humano acerca de uno y el mismo valor. Nos basta la evidencia del hecho.

No hay una cultura, sino tantas como sistemas de realización axiológica. Claro que, por esencia, esos sistemas se hallan interrelacionados, pues la comunicación es categoría constitutiva de la cultura; por primitiva que se la suponga, siempre advertiremos filtraciones, transmigraciones, o dicho más exactamente: transculturaciones.

Podemos, pues, hablar de una cultura mexicana, significando con esto el sistema de formas con que un grupo humano, en tiempo y territorio determinados, intuyen y realizan los valores, dándoles objetivaciones típicamente circunstanciales, o sea regidas por la vida de la comunidad y por los problemas que la rodean; ejemplos: el problema del clima y de la naturaleza territorial.

En la intuición o descubrimiento de los valores, así como en la realización de formas que los objetiven, participan de consuno las facultades del hombre, pero bajo el primado de la facultad emocional. He aquí una de las causas en que se fundan las diferencias de culturas: esto es, el carácter inconfundible de los modos del sentimiento, que tamiza los datos generales del entendimiento y regula los movimientos de la voluntad.

Los grupos humanos alcanzan el rango de naciones, en cuanto se generaliza en los individuos que las componen el acuerdo sobre los valores a realizar y las formas de la realización. Esto es: el plebiscito con que Renán definía la nación. O dicho de otra manera: es la formación de una conciencia general acerca de un sistema de bienes presentes y futuros en que objetiven los juicios de valor, propios de la comunidad; es el hallazgo y la nueva búsqueda de lo que tiene por valioso para el grupo nacional, tanto como elaboración vernácula, como adopción de formas extrañas —extranjeras—, que sirvan y enriquezcan el sistema, porque correspondan a la realidad pública.

En esto último que acabamos de decir, hemos expresado uno de los conceptos cardinales de la cultura mexicana. En efecto, menos que ninguna otra, nuestra cultura no puede ser un sistema cerrado, autóctono, agresivo contra lo extraño.

Histórica y etnográficamente considerada, la nación mexicana es la confluencia de aluviones culturales, cuya riqueza y variedad maravillan; se trata no sólo de las dos grandes corrientes indígena e hispana, sino de caudales bien diferenciados en ambas; mientras lo indígena es un complejo de culturas autónomas: azteca, totonaca, zapoteca, maya, para no citar más que unos ejemplos insignes, bajo de los cuales descubrimos aún otros mantos poderosos, como el tolteca, también lo español es un compuesto en que de las diversidades peninsulares: castellanos, vascos, andaluces, catalanes, van descubriéndose veneros más profundos; el renacentismo y el medievalismo, como concepciones culturales distintas y más abajo, lo arábigo, lo hebraico, lo visigótico, lo romano, lo fenicio. Esto es la grandeza, la trabajosa complejidad y el compromiso de nuestros orígenes y destino.

La cultura mexicana es un organismo de intrincada universalidad, cuyos vasos comunicantes no pueden cortarse sin seguro riesgo de atrofia. Renunciar a lo indígena como quisieran algunos necio-ciegos, incapaces no sólo de percibir la extraordinaria herencia que nos viene por esta parte, pero ni siquiera para distinguir que lo indígena no es elemento simple, sería renunciar a la sutil sabiduría de los nahoas, que nos liga con las más viejas culturas del mundo. Renunciar a lo español, según otra necio-ceguedad pretende, sería cortar los puentes que saltan a la Roma imperial y a la Grecia Clásica; sería renegar de la España entera, la de Cervantes y la de Velázquez; renegar de Virgilio; dar la espalda a Platón y a Homero, al Partenón y a la Victoria de Samotracia. Por fortuna son absurdas estas pretensiones. Por fortuna son sangre de nuestra sangre tan gloriosos ascendientes. Por fortuna en la confluencia de lo indígena y lo europeo recibimos una y la misma vocación cultural, de signo humanista, opuesto al sentido utilitario de otras formas culturales. Quienes por primera vez oigan esta tesis, acaso se sorprenderán; mas un ligero examen de las culturas autóctonas basta para encontrar en ellas la orientación humanista en sentido estricto, aun en formas extremas como el realismo de los sacrificios humanos y la antropofagia, que tenían una significación abstracta, profunda y enérgicamente religiosa, como ya Fray Bartolomé de las Casas lo descubrió.

Por su grandeza y por su complejidad hemos llamado trabajoso a este patrimonio, que por sí solo no es nuestra cultura. Las culturas no son dádivas hechas a los pueblos, sino productos labrados por éstos, día con día, mediante la integración de los elementos que reciben y los que crean. La cultura mexicana no es la suma de lo indígena y lo europeo, ni nuestro pasado colonial, ni nuestros hallazgos al sobrevenir la independencia; de nada nos serviría todo esto, si no lo actualizáramos al ritmo de nuestros problemas de hoy y de mañana. Tela de Penélope, la cultura es un tramado que requiere aplicación constante, vital; si no, se trata de culturas muertas o de elementos culturales inservibles por inertes. Todo nuestro

(Pasa a la pág. 31)

* Discurso pronunciado por el Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco, en la Velada inaugural de los Cursos de Invierno de la Universidad de San Luis Potosí, efectuada en el Teatro de la Paz.

mismo valioso y no sólo en función de la mencionada obra del pensador norteamericano.

El profesor Parra explica cuál es el método en el que se fundó para establecer sus argumentos y cuáles sus principios básicos: "1. Todos los grupos sociales atraviesan por las mismas etapas en su ascenso por la escala del progreso humano. 2. Existe una gran desigualdad en el desarrollo histórico de los distintos grupos sociales. 3. Hay una relación de interdependencia entre la estructura y el grado de desarrollo histórico de los grupos sociales. 4. El desarrollo histórico de los grupos sociales no es sino el proceso de transformación que se está operando constantemente en su estructura social. 5. Existe una relación de interdependencia entre los distintos aspectos de la estructura de la sociedad. 6. El aspecto económico es el factor determinante en la transformación de la estructura de la sociedad. 7. Existe una relación de interdependencia entre el desarrollo histórico de las estructuras particulares de los distintos grupos sociales y el desarrollo histórico de la estructura general de la sociedad humana. 8. Es posible conocer el pasado histórico de los grupos sociales más adelantados, mediante el estudio de los núcleos humanos actuales más atrasados. 9. Es posible prever, en sus grandes líneas, el porvenir histórico de los pueblos más atrasados, mediante el estudio del desarrollo histórico de los pueblos más adelantados. 10. La política debe concebirse y practicarse como una actividad cuyo objeto es acelerar el desarrollo histórico de los grupos sociales."

La obra de Tannenbaum sostiene que México no puede llegar a ser una nación industrial porque tiene las características de un país agrario; esto es, considera que el desarrollo histórico de los pueblos está determinado por su estructura social, lo que equivale a sostener que no todos los pueblos atraviesan por las mismas etapas del progreso humano. Si la posición de Tannenbaum fuera correcta, sería evidente que la estructura económica de los pueblos no variaría en el curso del tiempo: así, los pueblos recolectores, pescadores, cazadores, pastores, agricultores e industriales, lo habrían sido desde su nacimiento y lo seguirían siendo durante toda su existencia, y no se daría nunca la evolución que se ha dado, mediante la cual los pueblos civilizados han superado todas esas etapas hasta alcanzar la industrial.

Parra demuestra en su libro que

Estados Unidos, país tan altamente industrializado hoy en día, no ha sido siempre industrial, y muestra también cómo México es actualmente una nación menos agraria y más industrial que hace cincuenta años. Por otro lado afirma que, al revés de lo que parece creer Tannenbaum, la revolución industrial no es contraria a la revolución agraria, sino más bien consecuencia natural de ésta, y un estadio superior del desarrollo histórico de un pueblo.

En sendos capítulos de su libro, el profesor Parra estudia, con los procedimientos propios de la estadística social, la estructura de la fuerza de trabajo, la del ingreso nacional, la del comercio exterior, la de la industria nacional, la de la tarifa aduanal y la de la población, comparando las de México con las de Estados Unidos, tanto conforme a los datos más recientes y actuales como de conformidad con los datos históricos relativos, demostrando que la situación de Estados Unidos como país industrial no es congénita, pues hace poco más de un siglo su configuración era la de un país fundamentalmente agrario. Las cifras consignadas por Parra —que suponen meses de cuidadosa elaboración— son por demás reveladoras: Si comparamos a México, hoy, con los Estados Unidos de hoy, parecerá poco menos que imposible llegar a ser como ellos un país industrial; pero si comparamos al México de hoy con los Estados Unidos de hace ciento treinta años, veremos que la configuración de estos en aquel entonces, era muy semejante, mucho muy semejante a la del México agrario de hoy, al que Tannenbaum aconseja la paz de una economía bucólica y despreocupada, que le provea de aquello que le pueda proveer y que le permita adquirir en el extranjero todo lo que la naturaleza y la industria parroquial no le pueda proporcionar.

Parra, naturalmente, está por la industrialización de México, y afirma: "La mejor política económica será la que tenga mayor conciencia del proceso de industrialización del país y contribuya a acelerar más su marcha sin menoscabo del desarrollo armónico de las diversas ramas de la economía. Será la que encauce este proceso dentro de un programa general y concreto, de carácter cuantitativo, en que se establezca una jerarquía muy precisa entre las distintas actividades y se señalen las metas que en cada una sería deseable alcanzar y las inversiones que habría que dirigir hacia cada una de ellas.

La mejor política económica será la que proteja a la industria nacional contra la competencia extranjera ruinoso, pero obligándola al mismo tiempo a modernizarse, a mejorar la calidad de sus artículos y a reducir sus costos y sus precios... La mejor política económica será la que logre encauzar el crédito hacia el funcionamiento de las actividades económicas más importantes y en la proporción en que lo sea cada una de ellas. Será la que impida que el exceso de divisas ensanche demasiado la circulación monetaria y la que regule de tal modo las inversiones privadas y públicas en relación con la producción de bienes y servicios, lo mismo que el poder adquisitivo de la población respecto a la oferta de mercancías, que los precios tiendan hacia una estabilización cada vez mayor y los ingresos hacia una alza progresiva. La mejor política económica será, en suma, la que promueva el mayor y más rápido progreso material en tal forma que se traduzca, en el plazo más breve posible, en una mayor independencia económica para la nación y en un más alto nivel de vida para el pueblo".

H. G. C.

W. K. C. GUTHRIE. *Los filósofos griegos. De Tales a Aristóteles*. Breviario del Fondo de Cultura Económica, México, 1953, 159 pp.

A la enorme bibliografía sobre los filósofos griegos, bibliografía que incluye obras tan destacadas como las de Robin, Burnet, Cornford, Gomperz, Jaeger y tantos otros, viene a sumarse este pequeño libro que, por varias razones, está a la altura de las más depuradas investigaciones.

El primer capítulo de este breviario tiene un enorme interés porque trata un problema fundamental para la debida comprensión del pensamiento de los mayores filósofos de Grecia: la traducción de los textos helénicos a las lenguas modernas. Ciertas palabras, de vital importancia para la inteligibilidad de los textos conservados, han recibido una significación totalmente distinta a la que poseía primitivamente. Los términos *dike*, *areté*, *theos*, por ejemplo, se han traducido frecuentemente, el primero, por *justicia*, el segundo, por *virtud* y el tercero por *Dios*. Pero esta traducción desconoce la biografía, por así decirlo, de cada palabra. *Dike* significaba inicialmente camino o senda. "Sea o no éste su gen etimológico, dice el autor, lo cierto

es que su significado más antiguo en la literatura griega no es otro que el camino que habitualmente sigue la conducta de cierta clase de gente, o el curso normal de la naturaleza." *Dike*, en consecuencia, no tenía —verbigracia en Homero— un sentido moral. Esta palabra tuvo radical transformación en Esquilo, quien le dió el significado ético de *rectitud*. Platón vuelve a emplear la palabra con la significación con que la utilizaba Homero. *Areté*, generalmente traducida como *virtud*, hacía referencia en un principio a que algo es bueno para algo, es decir, aludía a la eficacia. Sócrates, Platón y Aristóteles respetaron su significación; pero la usaron añadiéndole, frecuentemente, la determinación *anthropine*, y así, *areté anthropine* quería decir eficacia para la vida. Esta generalización es la que propiamente coincide con el sentido que con mayor frecuencia se da hoy a la palabra virtud.

El desconocimiento de esto, ha llevado a ciertos traductores a desarrollar toda una teoría exegética para comprender la "paradoja de Sócrates" al decir que la "virtud es conocimiento"; pero el sentido de la frase queda plenamente dilucidado si se ve que la alocución *virtud* (*areté*) alude a la eficacia, y que "la eficacia es conocimiento" no es una expresión paradójica.

Theos, por último, era lo que asombraba. Era un término que no aludía ni al politeísmo ni al monoteísmo. El amor, decían los griegos, es un *theos*.

Guthrie divide en tres épocas el pensamiento griego: la *especulativa o científica* (que dirige su vista al macrocosmos), la *práctica* (que analiza, ética y políticamente, el microcosmos) y la *crítica*. A la primera pertenecen los milesios, a la segunda los sofistas y Sócrates y a la tercera Heráclito y Parménides. Platón, por estudiar el macro y el microcosmos, pertenece a la vez a la especulativa y la práctica.

Tales, Anaximandro, Pitágoras, Heráclito, Parménides, los pluralistas (Empédocles, Anaxágoras, Demócrito), los sofistas (Protágoras, Hipias, Gorgias), Sócrates, Platón y Aristóteles, son los filósofos que, como es tradicional en las historias de la filosofía griega, analiza Guthrie con mayor detención. Sobresalen en este manual, además del propósito pedagógico, ciertas interpretaciones personales, custodiadas por la imponente información de W. K. C. Guthrie.

E. G. R.

P A T R I A y C U L T U R A

(Viene de la pág. 8)

rico pasado es el trazo de un camino que debemos recorrer si queremos que aquél valga. Debemos ciertamente ser fieles a la tradición mas el modo de serlo es revitalizarla con actos. ¿De que nos servirá la sabiduría astronómica de los nahoas y el poder arquitectónico de los mayas; de qué, la hondura platónica y la dulzura virgiliana, la agudeza de Cervantes, la exquisitez de Ruiz de Alarcón y el misterio excitante de Juana de Asbaje, si todo esto no lo hacemos substancia de

nuestra vida colectiva e individual, enriqueciéndolo con elementos nuevos, con creaciones renovadas?

Abundantes y de calidad incomparables son, pues, las semillas dispuestas para sembrar nuestra cultura.

—¿"Pues qué —podrá objetarse—, no se acaba de afirmar que la cultura mexicana existe, y ahora se habla de sembrarla?" Quien esto replicara, no escuchó sin duda que la cultura es tarea cotidiana, de planteamiento asiduo. El dueño de un bosque no se contenta con los árboles

existentes, sino que cuida su almáxico y no se da reposo en plantaciones nuevas.

Lo ha entendido así San Luis, ciudad que por sí sola, con sus monumentos y prosapia, con la suma de objetivaciones inconfundibles, comprueba la existencia de la cultura mexicana, muchos de cuyos rasgos egregios, más enérgicos, son aportación potosina; lo ha entendido así San Luis, y puestos los ojos en el horizonte, los pies hundidos en la buena tierra, henchidas de inmejorable semilla las manos, el ademán disperso hacia todos los vientos, se dispone a cumplir la jornada de invierno, presagiosa.

El tiempo sea benigno y pródigos los frutos,